

Introducción: a propósito de terremotos y elecciones

CLAUDIO FUENTES

En la percepción de los chilenos, convivimos en un país injusto (54,1%) y somos parte de una nación dividida (59,1%). Ambas percepciones se agudizan entre los más jóvenes, levemente en los estratos socioeconómicos más bajos y particularmente en las regiones. Llegamos al Bicentenario en un contexto político y social dividido y aquello debiese motivarnos una reflexión.

El terremoto del 27 de febrero de 2010 sacó a la luz muchas de estas fracturas latentes presentes en nuestra sociedad. En primer lugar, demostró que ni las instituciones estatales eran todo lo eficientes que pudiésemos esperar y querer, ni la sociedad estaba tan cohesionada como se solía mencionar. Pero, adicionalmente, el movimiento telúrico remeció muchas de las estructuras de nuestra sociedad y, al hacerlo, develó un Chile que quizás nos cuesta mirar desde el Gran Santiago: un Chile pobre, con niveles bajos de satisfacción en sus necesidades básicas, un territorio precariamente conectado y donde las regiones tienen menor acceso a las ventajas del desarrollo de lo que pudiésemos imaginar.

Pero retornemos momentáneamente al segundo previo al evento telúrico. Volvamos la mirada, por ejemplo, a las imágenes que proyectaban instituciones como ProChile, donde se veía representada una imagen de país muy distinta a lo que hoy podríamos graficar. Cuatro elementos caracterizaban aquella imagen. El primero dice relación con un territorio donde prima el Estado de derecho, donde las instituciones del Estado funcionan y las reglas son respetadas por el conjunto de los actores del sistema político y social. El cambio de mando de la Concertación a la coalición de derecha después de veinte años de ejercicio en el poder no era considerada una situación traumática. Muy por el contrario: la alternancia en el poder reflejaba precisamente la solidez institucional del sistema democrático. En segundo lugar estaba la imagen de progreso social. Los niveles de pobreza disminuyeron drásticamente en los últimos veinte años y las opciones para los pobres se incrementaron sustantivamente. La mayoría de los indicadores sociales (educación, salud, pobreza, etcétera) muestra importantes y favorables transformaciones. En tercer lugar se encontraba la imagen del crecimiento económico: un crecimiento que ha sido sostenido y ha transformado a Chile en un centro de interés para las inversiones extranjeras. Finalmente, la noción de un país altamente competitivo, pujante, donde se privilegia la iniciativa individual aparecía como otro elemento positivo. Una nación sorprendente, una tierra de oportunidades.

¿Comparten los chilenos aquella imagen de estabilidad, respecto de normas, progreso social, desarrollo económico y oportunidades? Dijimos que el 27 de febrero no sólo fracturó la tierra, sino que también dejó en evidencia relevantes divisiones sociales presentes en nuestra sociedad. De pronto, en las pantallas de televisión de la capital

comenzamos a conocer otro país: personas que asaltaban supermercados y rompían con el “pacto social” y violentaban el “Estado de derecho”; bajos niveles de confianza social en centros urbanos; importantes territorios del país (semiurbanos y rurales) con muy poco acceso a los beneficios del desarrollo; miles de víctimas del desamparo que tampoco recibían la ayuda del Estado en esta situación de emergencia.

Percepción sobre Chile como país injusto y una nación dividida (%)

| Pensando en Chile, ¿cree usted que nuestro país... | Total | Zona | |
|--|-------|---------------|----------|
| | | Gran Santiago | Regiones |
| ... es un país injusto? | 54,1 | 45,9 | 60,2 |
| ... una nación dividida? | 59,9 | 54,1 | 64,2 |

Fuente: Encuesta Nacional UDP 2009.

Los resultados de la Encuesta y los trabajos que se presentan en este informe se aproximan más al Chile post 27 de febrero que al imaginario instalado de un país próximo al desarrollo. Ya indicábamos que existe una mayoritaria percepción de vivir en una nación dividida y que éste es un país injusto. Aquella percepción se incrementa sustantivamente en las regiones.

Lo anterior también es consistente con la percepción mayoritaria en la población de que existen trabas estructurales (apariencia física, edad, lugar de residencia y apellido) que limitan las opciones de desarrollo individual. Por ejemplo, la mayor parte de los entrevistados se muestra mayoritariamente de acuerdo con las afirmaciones relacionadas a que el lugar de residencia, el apellido, la edad y tener una apariencia física indígena son factores que limitan/posibilitan oportunidades de desarrollo individual. Llama la atención que, pese a existir trabas objetivas para el desarrollo de la mujer en nuestra sociedad (brecha salarial en relación con los hombres, roles asignados a la mujer, etcétera), aquella noción parece no ser compartida por la población. Quizás la asociación que tanto hombres como mujeres hacen respecto de los roles “tradicionales” que las mujeres cumplen en nuestra sociedad lleve a los entrevistados a no visualizar esto último como un problema social.

Percepción sobre oportunidades

| Acuerdo con | Total | Zona | |
|--|-------|---------------|----------|
| | | Gran Santiago | Regiones |
| Un joven pobre puede fácilmente transformarse en delincuente | 79,3 | 72,4 | 84,5 |
| Es más difícil conseguir trabajo si vives en una comuna pobre | 75,3 | 72,6 | 77,3 |
| Tener un buen apellido abre oportunidades en la vida | 74,5 | 69,2 | 78,2 |
| Tener aspecto indígena cierra oportunidades en la vida | 65,8 | 65,7 | 66,0 |
| Las mujeres tienen menos posibilidades de ser exitosas que los hombres | 34,6 | 37,7 | 32,3 |

Fuente: Encuesta Nacional UDP 2009.

En tanto, los trabajos que se presentan en este informe abren interesantes líneas de reflexión dado que no sólo abordan las percepciones sino que avanzan a considerar las prácticas. Y allí encontramos, nuevamente, una sociedad dividida y fragmentada. Modesto Gayo y Berta Teitelboim en su ensayo sobre consumo cultural demuestran la existencia de un segmento de la sociedad (40%) que se incorpora al desarrollo a partir de la participación en actividades culturales y un segmento (20%) que empeora su situación. Mientras los sectores medio-altos y altos se incorporan (ellos y sus hijos) al tren del desarrollo, los sectores más desfavorecidos observan un estancamiento e incluso un retroceso. La observación de las prácticas culturales de padres e hijos es particularmente decidora. No sólo los grupos más pobres participan escasamente de la cultura, sino que dicha escasa participación se reproduce en sus hijos.

La reflexión sobre el barrio y la integración social provista por Felipe Link y María Luisa Méndez apunta en la misma dirección. Nos dicen que “tenemos un porcentaje importante de habitantes urbanos que vive de forma distante los tema de ciudad, y otro importante porcentaje que se percibe a sí mismo como población excluida del derechos a la ciudad”. La información recolectada nos muestra un mayoritario sector de la población (52%) apático e individualizado con relación a los temas y conflictos urbanos. Ellos nunca han participado en reuniones para tratar asuntos vecinales, nunca han participado en la junta de vecinos, ni han trabajado en algún proyecto comunitario ni en en alguna actividad deportiva junto a los vecinos, ni han sido invitados o han invitado a un vecino a su hogar.

Un reducido 10% corresponde a un grupo de entrevistados activo y comprometido. Se trata de un segmento de la población generalmente de mayor edad y que tiene una experiencia de compromiso con su entorno. Aunque existe otro segmento de los entrevistados (5%) que no participa pues no existen las condiciones de infraestructura adecuadas para hacerlo, y un no desechable 32% que pertenece a un grupo que ha realizado algunas actividades en relación a su entorno pero que no tiene un compromiso mayor.

La discusión sobre la territorialidad y el entorno no es irrelevante. Parece ser que convivimos en una sociedad donde existen pocos espacios de sociabilidad –o que los espacios de sociabilidad no se dan en el entorno inmediato–. Un pequeño y activo grupo demanda la recuperación del espacio barrial. No obstante, generalmente se trata de movimientos ubicados en los estratos socioeconómicos altos de nuestra sociedad. Como correctamente lo plantea Rodrigo Salcedo, convendría preguntarse si se trata de una demanda por la mantención de privilegios en sectores acotados o de una demanda por integración del espacio urbano.¹ En un contexto donde mayoritariamente no hablamos con nuestros vecinos y donde existe una marcada fragmentación social, parece ser que la respuesta se acerca más hacia lo primero que hacia lo segundo. El resguardo de los privilegios parece anteceder a la preocupación por el espacio metropolitano. Procuramos defender las plazas, parques y la altura de las construcciones de algunas comunas, antes que movilizarnos por aquellos temas que involucran una integración social mayor: dónde se trazará la nueva línea del metro, cuántos recursos se trasladan a ciudades de regiones, cómo prevenir la contaminación en los sectores populares, etcétera.

Prácticas en su entorno

| Frecuencia de realización de actividades | Total % nunca lo ha hecho | Zona | |
|--|---------------------------|------------|----------|
| | | Gran Stgo. | Regiones |
| Participar en las elecciones de la directiva de la junta de vecinos de su barrio | 65,9 | 63,5 | 67,7 |
| Asistir a una reunión pública en que se traten asuntos vecinales y/o comunitarios | 59,9 | 55,9 | 62,8 |
| Invitar a vecinos a su casa o estar de visita en casa de alguno de sus vecinos | 54,8 | 51,6 | 57,2 |
| Participar en alguna organización de su comunidad | 57,2 | 58,4 | 56,4 |
| Hacer donaciones en dinero, trabajo, ropa o alimentos para obras de caridad de su barrio | 38,4 | 40,8 | 36,7 |

Fuente: Encuesta Nacional UDP 2009.

El mosaico de un Chile diverso y fragmentado se repite en aquellas prácticas asociadas al consumo responsable. Tomás Ariztía, José Manuel Melero y María José Montero, a partir del estudio de las prácticas reconocidas por los encuestados, nos ilustran sobre cuatro consumidores: los indiferentes, los iniciantes, los comprometidos y los conscientes. Estos últimos son los que hoy en Chile reconocen prácticas que podrían relacionarse con la protección del medio ambiente. Se trata de un segmento mínimo de la población (6,5%), con poder adquisitivo, con niveles altos de educación, de

¹ Comentario en la jornada ICSO-UDP “Opinión pública, democracia y ciudadanía”, realizada el 19 y el 20 de enero de 2010 para discutir los trabajos que componen este informe.

entre 46 y 60 años de edad. La pregunta es si la transformación de las condiciones estructurales asociadas al consumo responsable (por ejemplo, reciclaje, construcción de casas ecológicas, etcétera) abriría oportunidades para que otros sectores de la sociedad se apropiaran del concepto. ¿Son las condiciones exógenas las que modelan las actitudes o son las actitudes las que producen cambios en las condiciones?

Lo anterior tiene estrecha relación con las percepciones de satisfacción individual. Por lo expuesto, parece ser que existirían dos segmentos. En un extremo, un sector de la sociedad de altos ingresos que disfruta de los beneficios de una sociedad que progresa, que se preocupa por su entorno, que adopta actitudes asociadas al consumo responsable. Como podríamos esperar, los estratos socioeconómicos altos manifiestan menor inclinación que otros segmentos de la sociedad por vincularse con los vecinos y por participar de acciones comunitarias. En el otro extremo, estaría un segmento de la población que percibe y vive la falta de oportunidades, que no participa de la cultura y de los beneficios del desarrollo. Quizás como estrategia de sobrevivencia, los sectores más pobres de la población valoran y participan de actividades comunitarias. Entremedio, existiría una variedad de sectores de la población, apáticos, activos y reactivos que buscan mejorar sus opciones de participación en el entorno social.

¿Se refleja esta realidad en los niveles de satisfacción individual? Sergio Fortuño, al observar las fuentes de satisfacción de los chilenos, reconoce que existen dos variables significativas. El nivel socioeconómico y la evaluación del momento personal y familiar tienen una incidencia relevante en las percepciones de satisfacción; esto es, a mayor nivel socioeconómico, mayor nivel de satisfacción, y a una mejor evaluación del momento económico individual y familiar, mayores los niveles de satisfacción. Concluye Fortuño que “los datos aquí analizados arrojan que, al ponderar su satisfacción con la vida, los chilenos recurren en parte a una narrativa acotada a lo privado y lo inmediato. En este sentido, las fuentes de satisfacción permanecen puertas adentro”. De ser cierta esta aseveración se estaría confirmando lo que venimos anticipando en esta introducción: la imagen de un Chile “unido”, exitoso, emprendedor, con progreso social, se contrapone a una percepción social asociada a la división, la injusticia, las barreras que limitan las oportunidades, y las prácticas fragmentadas y socialmente diversas que caracterizan nuestra sociedad.

La coyuntura política

Las contribuciones que aparecen en este informe asociadas a la coyuntura electoral nos ofrecen tres conclusiones significativas. La primera de ellas dice relación con la persistencia de ciertos determinantes estructurales que aún marcan la conducta electoral de los chilenos. Mauricio Morales sugiere en su artículo que, mientras la candidatura del concertacionista Eduardo Frei se vio favorecida por personas de mayor edad y de estratos socioeconómicos bajos, la candidatura del independiente y ex concertacionista Marco Enríquez-Ominami tendió a verse favorecida por sectores medios y personas de menor edad. El votante de la coalición de centroizquierda (la suma de los mencionados candidatos) refleja la tendencia histórica de un rendimiento mejor de dicha coalición en sectores medios de la población. En tanto, la candidatura de Sebastián Piñera captura el voto de los extremos (comunidades ricas y pobres). La segunda conclusión dice relación con los determinantes de la aprobación presidencial. Patricio Navia y José Miguel Cabezas argumentan que existirían cuatro factores claves para entender la alta aprobación hacia la Presidenta Bachelet: el sexo, el clivaje Santiago/región, la condición socioeconómica y la autoidentificación ideológica. Las dos primeras características parecen referirse a cuestiones coyunturales asociadas al hecho de tener una mujer presidenta, lo que generó que las mujeres la

apoyasen en mayor grado que los hombres, y la crisis de transporte del Transantiago, que afectó el apoyo hacia el gobierno y la primera mandataria en la Región Metropolitana. Las otras dos características se asocian a factores estructurales donde los más pobres y los más izquierdistas apoyaron el gobierno de Bachelet. En otros términos, existirían ciertos factores estructurales que acompañan al proceso político chileno y que resisten los cambios sociales y/o culturales de las últimas décadas. En contextos donde dos grandes coaliciones dominan la escena política, parece ser que continuarán dándose altos niveles de continuidad en los patrones de votación, combinado con elementos circunstanciales que –dados los estrechos márgenes de los resultados electorales– se transforman en cruciales (llevar o no una candidata mujer, la estrategia de campaña, etcétera).

Una tercera conclusión se asocia a los temas y circunstancias “emergentes” en la sociedad chilena. Muy probablemente la competencia electoral de 2013 incorporará la inédita situación de un sistema de inscripción automática y votación voluntaria, con lo que se ampliará el padrón electoral en cerca de cuatro millones de potenciales electorales. Mauricio Morales, Carlos Cantillana y Julián González plantean en su artículo que, contrariamente a lo esperado, los jóvenes manifiestan una mayor predisposición que los inscritos a participar del proceso electoral en un escenario con voto voluntario. Si a ello le agregamos lo que Andrés Azócar y Andrés Scherman plantean en su artículo la tendencia de los jóvenes a informarse por medios electrónicos, el panorama que podríamos esperar para el próximo ciclo electoral debiese contener importantes diferencias respecto de lo que hasta la fecha hemos evidenciado. Quizás la renovación de la política y de las campañas electorales se dará definitivamente en el próximo ciclo electoral de 2013.

Una discusión adicional se asocia a lo que se denomina la agenda valórica. Antes de la instalación del nuevo gobierno, solía plantearse que una de las grandes batallas o confrontaciones entre la Alianza y la Concertación sería la agenda valórica. Lo que Florencia Herrera y Berta Teitelboim nos advierten en su capítulo sobre las percepciones de la sociedad sobre el aborto es que son las personas pobres las que tienen visiones más conservadoras acerca del tema y que las mujeres y los jóvenes no tienen necesariamente visiones más abiertas al respecto. En otros términos, de nuevo nos encontramos con una correlación fuerte entre las bases de apoyo de los conglomerados y los temas de la agenda pública. Resulta muy consistente observar que las bases de apoyo de la derecha se encuentren en los sectores pobres, particularmente en temas valóricos donde tienen a coincidir.

El tema también demuestra la división que existe en nuestra sociedad: un 20% se manifiesta en contra del aborto bajo cualquier circunstancia y un 15,1% lo hace a favor de su legalización en todas las situaciones. Las variables de religión y situación socioeconómica distinguen a estos dos grupos. Esta misma polarización la encontramos cuando examinamos las percepciones y opiniones de la población sobre la violación a los derechos humanos. Como Cath Collins lo analiza, existe un sustantivo porcentaje de personas que participa de la idea de mantener los juicios y avanzar en políticas de verdad, mientras otro segmento se plantea la idea de un cierre y una vuelta de página en dicho tema.

Retornando a nuestro argumento central, la radiografía al Chile actual muestra un país que, lejos de proyectar la noción de unidad, muestra una sociedad fragmentada en varias de las dimensiones examinadas en esta oportunidad: prácticas asociadas a la cultura, convivencia urbana, prácticas de consumo responsable, percepciones sobre el aborto, percepciones sobre los derechos humanos, etcétera. El sismo del pasado 27 de febrero hizo evidente estas fracturas que no son sólo físicas, sino que cruzan aspectos relacionados con nuestra sociabilidad y la política.